

III

La moralidad comercial no es inferior á la de las demás clases.—¿Hay en ella retroceso ó progreso?

El origen del mal.

No puede darse idea exacta, en espacio tan breve, de la moralidad media del comercio. Por una parte, nos hemos tenido que ceñir á exponer algunos ejemplos típicos de las prácticas criminales que deshonran al comercio; por otra, hemos debido presentarlas reunidas, aislándolas del gran número de transacciones honradas, entre las cuales se ocultan y dispersan. Acumulando casos de esta naturaleza, la sentencia sería muy grave: considerándolos en su medio, en relación con la masa general de los negocios, habría que mitigar mucho el fallo. No obstante, aun admitiendo todas las atenuaciones posibles, hay motivos para temer que la situación sea muy mala. Y nuestra opinión en este asunto se funda menos en los hechos supradichos que en el pesimismo con que se expresan las personas á quienes hemos consultado. Donde quiera, como resultado de largas experiencias personales, hemos hallado la convicción de que el comercio está esencialmente corrompido. Quien con disgusto, quien con desaliento, éste con indignación, aquél con ironía, todos los hombres de negocios expresaban clara ó implícitamente esta misma creencia. Jueces competentes convienen en que, exceptuando el alto comercio, algunos ramos especiales y los casos muy contados en que un hombre logra monopolizar el mercado, el éxito no suele ser compañero de una escrupulosa probidad. Para vivir en el comercio hay que adoptar su moral, ni una línea más ni una línea menos. La inmoralidad se castiga con la expulsión: la integridad perfecta, con la ruina. El

hombre civilizado que vive entre salvajes, cae en el salvajismo por necesidad de la propia defensa; por igual manera, el comerciante honrado debe guardarse sus escrúpulos si quiere luchar con sus competidores. Se ha dicho que la ley de los seres vivientes es: «comer y ser comido»; del mismo modo puede decirse que la ley de los comerciantes es: «defraudar y ser defraudado». El sistema de brutal concurrencia que se desenvuelve, falto de freno moral suficiente, no es más que el canibalismo erigido en institución. La disyuntiva es terrible; servirse de las mismas armas que su antagonista, ó ser vencido y devorado.

Entre las cuestiones que suscitan estos hechos, resalta la siguiente: ¿No están ya suficientemente justificados los prejuicios de que son objeto el comercio y los comerciantes? Tantas villanías y faltas de honradez y la degradación que suponen, ¿no disculpan el poco respeto con que muchos tratan á los hombres de negocios? Se esperará una afirmación rotunda; sin embargo, mucho dudamos de que ésta fuese acertada. Opinamos más bien que los delitos denunciados son producto del carácter inglés en general, colocado en condiciones especiales. No hay ninguna razón sólida para afirmar que las clases mercantiles sean más inmorales que las demás. Si se escogieran hombres de las diferentes clases, altas y bajas, y se colocaran en iguales circunstancias, es lo probable que su conducta sería la misma. Por otra parte, los comerciantes podrían devolver acusación por acusación. ¿Es un procurador quien les acrimina? Pues les será bien fácil reducirle al silencio, recordándole la negra reputación de la clase. ¿Es un abogado? La costumbre, tan frecuente entre sus cofrades, de defender malas causas, y el hábito de recibir dinero por trabajo que no se ejecuta, le lanzarían su crítica al rostro. ¿La prensa se erige en juez? El acusado puede recordar al periodista que no es más moral el emitir un juicio previo acerca de un libro que apenas se ha hojeado ó el elogiarlo desmedida-

mente si es de un amigo, por más que su mérito sea escaso, mientras se le juzga con culpable ligereza si es de un enemigo; puede asimismo preguntarle si los que escriben contra sus creencias, bajo las inspiraciones de un jefe, no son responsables de la grave falta de falsear la opinión pública.

Además, los comerciantes alegrarían que muchos delitos suyos les son impuestos por la injusticia de sus clientes. Todos, y en especial los que negocian en telas, podrían citar el hecho de que muy á menudo el público les ofrece un precio que demuestra que le importa muy poco que obtengan ó nó el provecho legítimo á que son acreedores, por lo que se ven obligados á pedirle más de lo que tienen intención de exigir. Podrían también exponer que con frecuencia experimentan grandes apuros por la falta de exactitud con que sus clientes más ricos satisfacen sus cuentas, lo que les obliga á echar mano de toda clase de medios, tanto legítimos como ilegítimos, para cubrir sus compromisos. Como prueba de los perjuicios que les irrojan las gentes extrañas al comercio, podrían recordar los muchos establecimientos suntuosos de West-End que tuvieron que cerrar sus puertas por el retraso con que cobraban el importe de sus ventas ó bien suspendían periódicamente sus pagos para refrescar la memoria de los deudores. Y así, habiendo patentizado que todas estas gentes, tan poco cuidadas de los derechos de los demás, no pueden invocar ninguna excusa, los comerciantes preguntarían con razón si ellos deben ser los únicos condenados, cuando, debiendo luchar con una concurrencia sin entrañas (lo que es ya una excusa), manifiestan la misma indiferencia bajo otras formas.

Los comerciantes podrían hacer uso del argumento del *tu quoque* aun contra los custodios de la rectitud social, contra los mismos legisladores: les bastaría preguntar á éstos si la corrupción del criado de un cliente es más grave que la corrupción de un elector y si el recabar sufragios

con discursos preñados de falsas promesas y afirmaciones que halaguen á los electores no es tan malo como conseguir una demanda de géneros encomiando falazmente su cualidad. Nó; parece probable que una información imparcial mostraría que hay pocas clases inmaculadas, y que la inmoralidad de todas ellas, *en relación con las tentaciones*, es la misma con corta diferencia. El dolo no revestirá formas tan mezquinas ni tan groseras donde las circunstancias no inspiren la mezquindad ni la grosería, ni se presentará tan á menudo ni con organización tan completa en aquellas clases cuya condición no le consienta degenerar en hábito. Pero con estas restricciones creemos que pueden alegarse muy buenas razones en favor de la tesis, según la cual las clases mercantiles no son intrínsecamente mejores ni peores que las demás, siendo inducidas á las prácticas vergonzosas que las denigran por causas exteriores.

Otra cuestión que surge naturalmente es la de saber si estos males no se agravan. Muchos de los hechos citados parecen indicar que sí, y, sin embargo, hay otros que inclinan el ánimo con no menos fuerza á la negativa. Pensándolo maduramente, se está tentado á creer que la atención mucho mayor que hoy dispensa el público á estas cuestiones, es por sí misma causa de error; como antes no se profundizaba en el estudio de estos males, se supone que no existían, cuando, en realidad, no hay más sino que eran desconocidos ó menos conocidos. Tal ha ocurrido con el crimen, con la miseria, con la ignorancia del pueblo, y es probable que ocurra lo propio con los fraudes del comercio. Como de los seres individuales, puede decirse de las sociedades en cierto sentido, que su elevación en la escala de la creación depende de la conciencia que tienen de sí mismas. Las sociedades adelantadas y de organización más perfecta se distinguen de las inferiores por la manifestación de un sentimiento que es como *la conciencia del yo social*,

la conciencia en cada ciudadano del estado general de la sociedad. Felizmente entre nosotros se ha desarrollado mucho durante los últimos años esta conciencia del yo social, y creemos que á ello se debe atribuir la impresión de que aumenta la inmoralidad comercial.

Algunos hechos, cuya memoria se conserva, acerca del comercio en los siglos pasados, confirman esta opinión. En su «Perfecto comerciante inglés», Defoe menciona, entre otras maniobras de los mercaderes al por menor, la manera como procuraban exponer sus tiendas á una luz falsa para dar brillo ficticio á sus géneros; comenta la «retórica de los tenderos», el «flujo de falsedades» con que habitualmente engañaban á los clientes, diciendo, para excusar su conducta, que no podrían sostenerse si no mintieran, y declara que eran pocos los comerciantes que no tuviesen moneda falsa ó de baja ley, que hacían pasar cuando podían, y que los hombres más honrados estaban orgullosos de su talento cuando lograban desprenderse de ella. Estos hechos patentizan que la moral comercial de entonces no era superior á la nuestra; y recordando las numerosas leyes dictadas por el Parlamento para evitar fraudes de toda clase, se llega á la misma conclusión, que, por otra parte, justifica el estado general de aquella sociedad.

Cuando en uno y otro reinado el gobierno disminuía la ley de la moneda, hubiera sido muy difícil que el nivel moral de las clases medias excediese en mucho al de nuestros días. Hombres cuya simpatía hacia sus semejantes era tan escasa, que la trata de esclavos, no sólo estaba justificada, sino aun honrada al punto de que su iniciador fué recompensado con el premio de perpetuar este hecho en su escudo de armas, no es concebible que respetasen los derechos de sus conciudadanos mucho más que las generaciones actuales. Épocas caracterizadas por una administración de justicia tan deficiente, que había en Londres verdaderos nidos de criminales que desafiaban la ley, y en todas las

grandes vías ladrones que se burlaban de ella, no podían distinguirse por la equidad en los negocios mercantiles. Por el contrario, en nuestros días, que los legisladores han planteado tantas reformas equitativas, no parece probable que aumente la injusticia en las relaciones individuales. Apesar de todo, sin embargo, es indudable que muchos de los fraudes denunciados son de fecha reciente. No pocos han adquirido carácter de institución durante los últimos treinta años, y algunos acaban de nacer. ¿Cómo conciliar estas aparentes contradicciones?

No creemos que el problema sea de difícil resolución. Es innegable que los fraudes *considerables y directos* han disminuído, mientras los *menos importantes é indirectos* han aumentado, así en variedad como en número. Y este hecho concuerda con la opinión de que el nivel de la moralidad comercial ha subido. Porque si prescindimos, como extrañas á la cuestión, de las penas religiosas y legales, y nos preguntamos cuál es el freno moral más poderoso que evita las agresiones de un individuo contra otro, hallaremos que es la simpatía sentida por la víctima. Ahora bien; dependiendo el vigor de este sentimiento de la vivacidad con que se siente el dolor causado, varía con las circunstancias de cada caso. Puede ser bastante enérgico para impedir los fraudes que causarían gravísimo daño y no serlo para evitar los que hayan de producir perjuicios más ligeros. Suficientemente vivo para retraer al hombre de ejecutar actos que violen directamente el derecho de otro, tal vez carezca de fuerza para apartarle de aquellos otros que han de redundar indirectamente en perjuicio de personas desconocidas. Y los hechos autorizan á concluir que el poder del freno moral varía según la claridad con que se conciben las consecuencias dañosas de nuestros actos. Quién, que se horrorizará ante la idea de meter la mano en un bolsillo ajeno, no experimentará el menor escrúpulo al adulterar sus mercancías; y tal, que jamás habrá pensado en pasar

una moneda falsa, tendrá su parte de responsabilidad en las fullerías de un Banco por acciones. Por lo tanto, la multiplicación de las formas más sutiles y más complejas del fraude no está reñida con el progreso general de la moralidad, yendo acompañada, como va, de una menor frecuencia de sus formas más groseras.

Pero la cuestión que más nos interesa no es el saber si las costumbres comerciales son hoy mejores ó peores que antes, sino el por qué son tan malas. ¿A qué se debe que en nuestro actual estado de civilización se encuentren tantas huellas del egoísmo ingenioso de los salvajes? ¿Cómo la vida es un tejido de picardías después de una esmerada educación dirigida á promover la virtud? ¿Por qué, á despecho de todas las exhortaciones que los comerciantes escuchan el domingo, recaen el lunes en sus malas mañas? ¿Cuál es ese poder tan irresistible que así neutraliza la disciplina de la educación, de la religión y del derecho?

Pasaremos en silencio varias causas secundarias, fáciles de determinar, para fijarnos más detenidamente en la de mayor importancia. En un estudio completo, deberíamos decir algo de la credulidad de los consumidores que les lleva á imaginar como posibles ventajas extraordinarias, sin olvidar su avidez, que les impulsa á pedir más de lo justo y es causa de que el comerciante les seduzca con ofertas engañosas. La densidad creciente de la población dificulta cada vez más la vida, y hé aquí otra causa que no deja de tener su valor. También contribuye á tal estado de cosas el que se quiera dar á los hijos una educación de día en día más brillante, y, por lo tanto, más costosa. Pero, en suma, todas estas causas son relativamente insignificantes. El poderoso aguijón que estimula á los comerciantes en sus malas prácticas es el amor á las riquezas. Y si se nos pregunta: ¿á que ese afán de ser ricos? contestaremos: proviene de la *excesiva consideración otorgada á la riqueza*.

Distinguirse del común de los mortales—crearse un

nombre, una posición—tal es la ambición universal, y la riqueza es el medio más fácil y más seguro de satisfacerla.

Apréndese esto demasiado pronto en la vida. En el colegio, las consideraciones guardadas al niño cuyos padres van á verlo en coche, y la indiferencia con que se mira á aquel otro, cuyo menaje escaso revela la escasez en que vive su familia, son hechos que graban profundamente en la memoria del tierno infante la máxima de que la pobreza es despreciable. A su entrada en el mundo, las lecciones que ha recibido acerca de la nobleza, de la abnegación, del respeto debido al talento, de la hermosura de una integridad perfecta, son rápidamente neutralizadas por la experiencia: las acciones de los demás le prueban que no son éstos los mejores títulos al respeto. No tarda en ver que mientras es seguro que se logran testimonios de deferencia y consideración de todo el mundo, reuniendo un capital, cualquiera otro medio los procura rara vez, y en los pocos casos que se consiguen, no están exentos de reserva, prodigándose con cierto aire de protección. Por otra parte, el joven observa que para aspirar á la riqueza, le bastan talentos medianos, al paso que para distinguirse por la brillantez de los descubrimientos, el heroísmo de los actos y la alteza de las manifestaciones artísticas son menester sentimientos y aptitudes de que carece. Así las cosas, no es difícil comprender que se entregará en cuerpo y alma al comercio.

Claro es que estos razonamientos no son hechos con plena conciencia; pero las conclusiones que motivan se imponen á los jóvenes, sin que ellos se den cuenta, por efecto de su experiencia cotidiana. Desde su infancia, palabras y actos han engendrado en ellos la idea de que riqueza y consideración son dos fases distintas de la misma cosa. Esta idea, creciendo con ellos, fortaleciéndose con ellos, llega á ser lo que casi podríamos llamar una convicción orgánica, que les impele á emplear toda su energía en ha-

cerse ricos. En nuestro concepto, el estímulo principal no es la riqueza por sí misma, sino el aplauso y la posición que la riqueza lleva consigo, y de esta creencia participan muchos comerciantes de clara inteligencia, con quienes hemos conversado.

Es inverosímil que los hombres se sacrifiquen, física y moralmente, sólo para gozar las ventajas materiales que el dinero procura. ¿Quién querría sobrecargarse de trabajo no más que para tener en la cueva un barril de vino excelente para su uso exclusivo? Quien se impone este exceso de trabajo, lo hace para tener buen vino que ofrecer á sus huéspedes y atraerse el elogio de éstos. ¿Qué comerciante estaría una hora más en su tienda únicamente para tener una casa más espaciosa en un barrio mejor? Si sólo se tratase de salud y bienestar, harto comprende que perdería en el cambio; lo único que puede moverle á éste es la mayor consideración que le valdrá la nueva casa. ¿Dónde está el hombre que consentiría en pasar las noches ideando medios de aumentar su renta con la esperanza de poder ofrecer un coche á su mujer, si no tuviese en perspectiva más que el goce material de la posesión del carruaje? Pero éste dará brillo y ostentación á su familia, y tal es la causa que le lleva á imponerse nuevos quebraderos de cabeza. Se trata de verdades tan evidentes, tan conocidas, que nos causaría rubor el insistir en ellas, si la cuestión no lo exigiese.

Ahora bien, si el deseo de los homenajes que la riqueza se atrae es el principal estímulo del ardor con que se persigue la fortuna, entonces, los que tributan estos homenajes con tan escaso discernimiento son los responsables, en primer término, de las faltas del comercio. Cuando el dueño de un establecimiento, alentado por un año próspero y favorables auspicios, cede á las sugerencias de su mujer y reemplaza sus antiguos muebles por otros nuevos, gastando en ello más de lo que puede; si el año siguiente, en

vez de los mayores rendimientos que esperaba, le trae una baja en sus negocios, al ver que las pérdidas superan á los ingresos, experimenta la tentación fortísima de adoptar algún fraude recientemente inventado. Cuando habiéndose ganado con sus alardes de lujo cierta consideración, el comerciante al por mayor da banquetes que exigirían una fortuna diez veces más considerable y se entrega á otros dispendios desproporcionados; si después de hacer durante algún tiempo ostentación de semejante tren, advierte que no puede detenerse sin comprometer su situación, entonces se ve fatalmente impulsado á emprender operaciones más vastas, á pedir más crédito del debido, á empeñarse, en una palabra, en un camino, á cuyo fin le espera la más vergonzosa bancarrota. Y si éstos son los hechos, hechos indiscutibles, no hay medio de escapar á la conclusión de que la admiración ciega que la sociedad siente por la sola riqueza y la ostentación de ella, es la verdadera fuente de la multitud de inmoralidades que se lamentan.

Sí, el mal es más profundo que parece: se alimenta bien lejos de la superficie. Este sistema gigantesco de inmoralidades, que se ramifica bajo todas las formas imaginables, tiene raíces que socavan nuestro edificio social entero, y sus fibrillas, penetrando en nuestras casas, se nutren de nuestras palabras y de nuestros actos. En cada comedor hay una raicilla que halla jugo en la conversación acerca de las especulaciones felices de fulano ó mengano, de la herencia considerable que ha recibido zutano, del buen casamiento que ha hecho éste, de la fortuna que espera al otro, porque hablar así de un hombre, es rendirle uno de esos homenajes tácitos porque todos luchan. Todos los salones procuran savia al árbol, con la admiración que se manifiesta por lo que es caro, por esas telas de seda tan «hermosas», es decir, de tanto precio, por los trajes de más valor, por los encajes hechos á mano, esto es, que cuestan

más, por los diamantes, por las porcelanas de China más antiguas, etc., y la planta saca nuevo juego de ese cúmulo de pequeñas observaciones, de esos, al parecer, insignificantes detalles de conducta que, en todos los círculos, revelan de continuo que va unida estrechamente la idea de respetabilidad con la de un tren suntuoso.

Todos somos culpables. Todos nosotros, de grado ó por fuerza, somos órganos del sentimiento general. Aun aquel que lo reprueba no tiene el valor de tratar á la virtud indigente con la misma cordialidad que si la viera rodeada de lujo. Apenas habrá un hombre que no guarde más atenciones á un bribón, vestido de rico paño, que á un bribón vestido de bombasí. Después de haber demostrado su deferencia al rico vulgar ó al pícaro afortunado, los hombres descargan su conciencia, hablando de ellos con desprecio; pero si otra vez se los encuentran, hacen lo mismo que antes. Y en tanto que la nulidad, cubierta de oro, obtenga los signos exteriores del respeto, en tanto se le oculte el desdén que inspira, florecerá naturalmente.

De aquí proviene que los hombres perseveren en los manejos culpables que todos condenan. Sólo de este modo recibirán un homenaje que, si es ficticio, no por ello deja de ser, en apariencia, tan sincero como el que más. ¿Por qué el nombre del potentado que ha reunido su capital por medio del fraude, no es en todas partes sinónimo de bribón? ¿Por qué ha merecido el honor oficial de ser elegido dos veces alcalde de su pueblo (histórico)? Y este honor y la consideración que se tributa á su persona, ¿no compensarán á sus ojos lo mucho malo que de él se dice, pero sin que llegue á sus oídos una sola palabra? Cuando, trascurridos apenas algunos años del escándalo de sus iniquidades mercantiles, un comerciante alcanza la distinción más alta que el país puede otorgar, y esto con la cooperación de los mismos que mejor conocen sus faltas, ¿no es este un estímulo poderoso para que él y los demás des-

precien la rectitud, si la rectitud se opone á la fortuna? Si después de haber oído un sermón, que denuncia implícitamente las infamias de que es culpable, el pícaro enriquecido ve á la puerta de la iglesia que todos los vecinos se descubren delante de él, ¿caso esta aprobación tácita de su conducta no borraré el efecto de lo que ha oído? La verdad es que para la mayoría de los hombres la expresión visible de la opinión social, es el más poderoso de los incentivos y de los frenos. A quien quiera apreciar la fuerza de este sentimiento, proponedle que recorra las calles vestido de basurero, ó vaya de puerta en puerta vendiendo legumbres. Es probable que prefiera cometer alguna falta contra la moral á romper de frente con los usos y soportar el ridículo. Es fácil convencerse de este modo de cuán poderoso freno es para los hombres la desaprobación explícita de sus semejantes, y como, recíprocamente, el aplauso de éstos es su mayor estímulo. Piénsense bien estos hechos, y se verá que la inmoralidad del comercio debe imputarse en gran parte á la inmoralidad de la opinión pública.

No debe inferirse de lo dicho que condenamos el respeto otorgado á la riqueza bien adquirida y bien empleada. En su significación genuina y en sus justos límites, este sentimiento es bueno. En primer término, la riqueza es signo de un poder mental, que es siempre respetable. El hecho de adquirir un capital honradamente, supone ingenio, energía, dominio de sí mismo, cosas todas dignas del homenaje que se les tributa, al admirar sus efectos. Por igual manera, el saber administrar bien y acrecer su patrimonio, exige virtudes especiales, que siempre tienen derecho á nuestras alabanzas. Y además de elogiados por sus talentos los hombres que se crean una fortuna, deben ser considerados como bienhechores públicos. Porque aquel que, como fabricante ó comerciante, ha sabido, sin perjudicar á otro, labrarse una fortuna, por este solo hecho de-

muestra que ha llenado sus funciones mejor que aquéllos que no han obtenido el mismo resultado. Con más habilidad, más juicio ó más economía que sus concurrentes, ha ejercido su profesión con más provecho para los intereses públicos. Los rendimientos extraordinarios que ha percibido, no son más que parte de las ganancias realizadas con la misma existencia de fondos: del resto se han utilizado los consumidores. Y por idéntica manera, el terrateniente que, con gastos hechos con oportunidad, ha aumentado la fertilidad de su finca, ha acrecido con ello la masa del capital nacional. La riqueza adquirida honradamente, y empleada con tino, tiene, pues, legítimos títulos á nuestra consideración.

Mas lo que condenamos como causa principal de la inmoralidad comercial es la admiración sin *discernimiento*, admiración que se cura poco del origen de la riqueza. Cuando, como ocurre frecuentemente, el homenaje se tributa á puras apariencias que nada dicen del interior del hombre, y antes bien, sólo sirven para encubrir su indignidad personal, entonces perviértese el sentimiento. En esta idolatría que adora el símbolo y prescinde de la cosa simbolizada, se halla la raíz de todos los males que hemos descrito. Concediendo su respeto á los bienhechores de la sociedad que se han enriquecido por medios honrados, se alienta poderosamente el trabajo; pero otorgando parte de ese respeto á las personas que se han encumbrado por medios inmorales, se favorece la corrupción; se incurre en complicidad de los fraudes comerciales.

Acerca del remedio, no hay evidentemente más que uno, depurar la opinión pública. Los vicios comerciales desaparecerán cuando la sociedad manifieste el mismo horror que por el robo directo por el indirecto de cualquier grado; las costumbres mercantiles serán lo que deben ser el día en que se fulmine el mismo anatema sobre el ladrón y sobre el comerciante que adultere sus géneros ó defrauda

de en la medida, y no se trate con menor severidad al que acometa empresas superiores á sus fuerzas, al director del banco que consienta anuncios exajerados, y al director de caminos de hierro que niegue su responsabilidad pecuniaria.

Sin embargo, tenemos pocas esperanzas de que la opinión pública alcance un nivel tan elevado. El estado de cosas presente, parece ser en gran parte compañero necesario de la fase actual del progreso. En todo el mundo civilizado, en Inglaterra y América especialmente, la actividad social se dirige ante todo á promover la prosperidad material. La misión de nuestra época consiste en subyugar á la naturaleza y llevar al más alto grado de perfección nuestro poder productor y distributivo; es lo probable que durante muchas generaciones no se piense en otra cosa. Y así como antes, cuando lo que más interesaba era la defensa nacional y la conquista, el valor militar se honraba más que nada, lo mismo hoy que el primer fin perseguido es el desenvolvimiento de la industria, se concederán honores preferentes á los que contribuyan á él en alguna manera. La nación inglesa atraviesa hoy un período que podemos llamar de *diatheses* comercial y su caracter distintivo parece ser el respeto inmoderado que se tributa á la riqueza; y la relación entre un hecho y otro es aún más visible en América donde se rinde culto al «Omnipotente Dólar». Mientras la *diatheses* comercial, con su criterio para juzgar á los hombres, subsista, será posible atenuar mas no extirpar los males que hemos denunciado. No debe esperarse, en nuestra opinión, que los hombres establezcan la distinción debida entre la riqueza que representa una superioridad personal y servicios prestados á la sociedad, y la otra. Los símbolos, las apariencias llevan trazas de gobernar á las masas en el mundo entero por mucho tiempo todavía. Hasta los espíritus cultos que están en guardia contra los prejuicios nacidos de la asociación de las ideas y que po-

nen empeño en no confundir la realidad con la apariencia, se someten más ó menos al influjo de la opinión recibida. Hemos, pues, de contentarnos con pedir un lento perfeccionamiento.

No obstante, es permitido prometerse ya algún resultado, protestando vigorosamente contra la adoración del mero éxito: y sería muy útil que esta protesta se hiciera, en atención á la general perversión del sentimiento. Cuando se ve que uno de nuestros moralistas más eminentes predica con vehemencia cada vez mayor la santificación por la fuerza; cuando se nos dice que, si el egoísmo perturbado por los remordimientos es despreciable, el egoísmo bastante intenso para pisotear implacablemente cuanto se oponga á su marcha, es digno de admiración; cuando se observa que hay gentes siempre dispuestas á pedir nuestro respeto para todo poder, cualquiera que sea su especie y dirección, desde el momento en que se manifiesta pujante, hay motivos para temer que el entusiasmo general por el mero éxito y los vicios mercantiles que son su consecuencia, léjos de disminuir no estén en camino de aumentar. No ha de esperarse el mejoramiento de la sociedad de que se sustituya el culto de la brutalidad al culto del heroísmo, y sí de la crítica severa que se haga de los medios que han preparado el éxito, de la honra dispensada á las formas más altas y menos egoistas de la actividad.

Felizmente, vislúmbranse ya síntomas de esta opinión pública más moral. Ha llegado á ser doctrina tácitamente reconocida que los ricos no deben invertir sus riquezas, como en tiempos anteriores, en su felicidad personal, sino consagrarla al bienestar de todos. Cada año ocupa más la atención de las clases superiores el mejoramiento del pueblo: cada día se aplican con energía creciente al progreso intelectual y material de las masas. Y comienza á mirarse con desprecio más ó menos señalado, y siguiendo el ejemplo de la clase misma á que pertenecen, á aquellos indivi-

duos que no concurren al cumplimiento de esta noble tarea. Este hecho tan halagüeño y tan reciente en la historia humana, esta caballería nueva y mejor, promete crear una idea más alta del honor, y remediar muchos males; entre otros, los que hemos detallado. El día en que la riqueza adquirida por medios ilegítimos no produzca más que desgracias, y que la bien adquirida obtenga simplemente el tributo que le es debido, mientras los homenajes más codiciados se reserven para los que consagran su energía y sus talentos á las empresas más nobles, ese día seguramente se purificarán las costumbres comerciales y se gozará de otros muchos beneficios.
